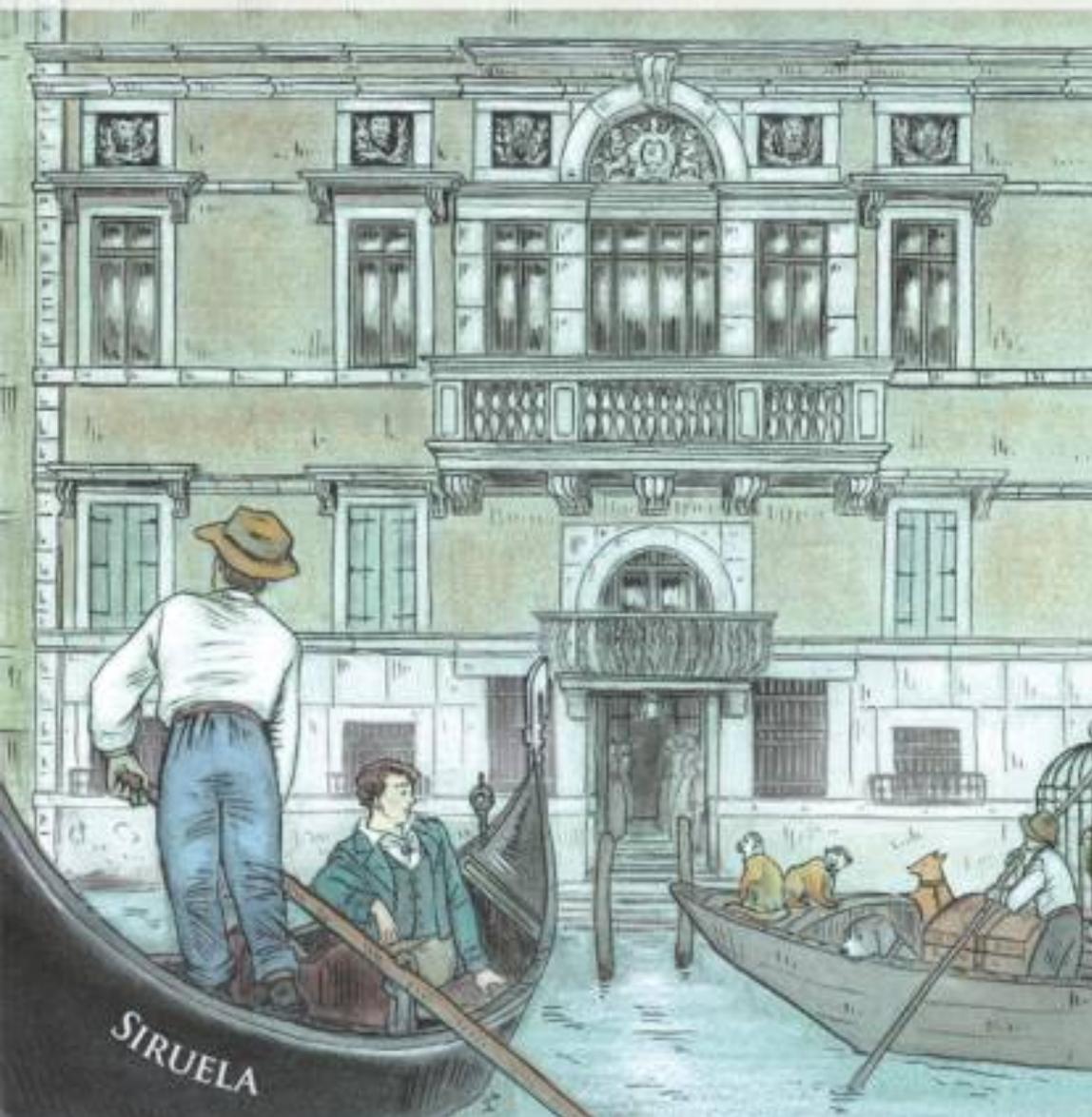


EL CABALLO DE LORD BYRON

VANESA PÉREZ-SAUQUILLO

ILUSTRACIONES DE MARÍA ESPEJO



Edición en formato digital: junio de 2018

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Vanesa Pérez-Sauquillo

© De las ilustraciones del interior y cubierta, María Espejo

© Ediciones Siruela, S. A., 2018

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-17454-96-8

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

Capítulo 1
LA LLEGADA

Capítulo 2
EL ENCARGO

Capítulo 3
ALLEGRA

Capítulo 4
LA NOTICIA

Capítulo 5
LA COMPETICIÓN

Capítulo 6
LA BÚSQUEDA

Capítulo 7
POSIBLES CONSECUENCIAS

Capítulo 8
CONFESIONES

Capítulo 9
EL CABALLO DE MADERA

LOS PERSONAJES

*Para mi poeta favorito:
mi padre.*

QUERIDOS AMIGOS:

Os voy a contar una historia que sucedió hace mucho tiempo en una ciudad llamada Venecia. Tiene que ver con un poeta, el genio de una lámpara, un niño y un caballo de madera.

Hoy en día sigue habiendo poetas, sigue habiendo genios, sigue habiendo niños y caballos de madera. Pero hubo un momento en la Historia en el que todos estos vivieron algo juntos que no se volverá a repetir. Lo sé porque yo soy el genio de la lámpara, y los genios lo sabemos todo (o al menos, eso nos gusta creer).

Dejad que os lo cuente.



Capítulo 1

LA LLEGADA





Venecia es un lugar muy especial. Parece una ciudad, pero en realidad es una laguna donde hay más de cien islas y, sobre ellas, palacios. Palacios que parecen princesas recogiendo la falda al ver que el agua les llega a los tobillos. Para ir de un palacio a otro hay que cruzar muchos puentes o coger una especie de barca que allí se llama góndola y dejarnos llevar por el remo del gondolero.

Así, en góndola, llegó al palacio Mocenigo un baúl lleno de cosas. Entre ellas, una lámpara maravillosa, de esas que si las frotas como es debido sale un genio y te concede un deseo.

Me he pasado la vida moviéndome de un sitio a otro (y eso que los genios tenemos una vida muy larga), pero siempre dentro de mi lámpara. He vivido en desiertos y en islas, en lugares donde el frío te hace olvidar hasta tu

nombre, y en otros donde el calor te deja tan cansado que no puedes ni mover un dedo para pasar la página de un libro. Pero ningún lugar es tan fascinador y misterioso como Venecia.

El poeta que había comprado mi lámpara lo sabía. Por eso había alquilado allí un palacio. Precisamente el palacio en el que vivían desde hacía poco Marco y su familia.



—¡Mira, mamá, otra góndola con más baúles! —gritó Marco, señalando mi embarcación.

—Sí, cariño, pero mira esa de allí —dijo su madre mientras apuntaba a otra góndola, que también era del poeta—. ¡Está llena de animales!

—¡Animales! —exclamó él—. ¡Fíjate! ¡Jaulas con pájaros de colores! ¡Cuántos perros! ¡Dios mío, monos! ¡Mamá, dos monos! —insistió—. ¿Y eso qué es? ¿Ves ese animal rojo de ahí...?

—Es un zorro, Marco.

—Un zorro... —repitió el niño con ilusión. En los ocho años que tenía nunca había visto un zorro—. ¡Cómo nos vamos a divertir en el palacio!

—Sí, me voy a pasar el día limpiando cacas del suelo... —murmuró el padre de Marco, de mal humor.

Era el nuevo sirviente del palacio y la madre, la nueva cocinera. Marco los ayudaría a ambos, porque en aquella época, hace doscientos años, muy pocos niños iban al colegio y la mayoría trabajaba ayudando a sus padres.

—Este poeta debe de ser un señor muy especial —comentó Marco.

Pero no pudo seguir pensando en ello, porque en ese momento otra góndola paró ante el portón del palacio. Todos los sirvientes se pusieron en fila, y el padre de Marco tiró de él y lo colocó a su lado, casi al final.

Un hombre vestido de la forma más elegante y extraña que Marco hubiera visto jamás se bajó de la barca. Se notaba que era extranjero. Tenía el pelo moreno y ondulado. Su chaqueta azul estaba salpicada de medallas.

El hombre recorrió la fila de sirvientes hacia la puerta interior del palacio, pero, antes de entrar, se detuvo un momento delante de Marco.

—Disculpe, señor —dijo, agachándose y dirigiéndose al niño en su propio idioma, el italiano—. No conoceré a un

general de monos por aquí, ¿verdad? Lo estoy buscando.

—¿Un general de monos? —repitió Marco.

—Sí. Alguien que sepa darles órdenes y cuidar de ellos para que no hagan locuras ni se pierdan.

Marco miró de reojo a su padre y torció la cabeza, disimuladamente, hacia él. Respondió en un susurro:

—Mi padre sabe dar órdenes muy bien.

El poeta chasqueó la lengua, divertido.

—No, me temo que es muy mayor. Mis monos necesitan a alguien que esté más a su altura, alguien bajito...

—¿Como yo? —preguntó Marco.

—¿Tú sabes dar órdenes? —preguntó a su vez el extranjero.

Marco dudó.

—Bueno... No lo he hecho nunca, pero creo que podría empezar ahora, si usted quiere.

El poeta se incorporó y, quitándose de la chaqueta una medalla roja, se la puso a Marco.

—Entonces, yo te nombro mi general de monos de Venecia.

—¡Gracias, señor! —sonrió Marco—. Serán los monos mejor cuidados del mundo.

El hombre, sin mirar a nadie más, cruzó la puerta interior del palacio y se perdió en la oscuridad de los pasillos. Mientras los sirvientes rodeaban a Marco para ver su medalla, un loro pasó por encima de sus cabezas, siguiendo al nuevo amo de la casa.

El poeta se llamaba Lord Byron.



Capítulo 2

EL ENCARGO





Los días que siguieron estuvieron marcados por el asombro. En aquellos baúles y cajas había objetos verdaderamente extraordinarios. Aunque los sirvientes no podían curiosear, yo vi a más de uno mirando las cajas de música sin atreverse nunca a darles cuerda, contemplando embobados los sofisticados relojes y acariciando con precaución el pelo del autómeta.

Sí, he dicho «autómeta»: un muñeco cuya mirada parecía seguirte a todas partes. Su piel estaba hecha de la más pura porcelana y era tan blanca que parecía que derramaba luz. Tal vez porque venía del mismo Oriente, mi tierra, que es donde nace el sol.

Al darle cuerda al muñeco, los resortes que escondía su ropa de terciopelo se ponían en movimiento y el autómeta reía, daba palmas, movía los pies como si bailara y... a veces, también lloraba. Y cuando lloraba, no había ser humano que lo resistiera. Era contagioso. Señores y criados, mercaderes, monjes, campesinos y hasta yo, que soy un genio, he llorado junto a ese muñeco, y, como todos, he intentado consolarlo.